

vivo debate, hizo votar por la Asamblea que ley alguna se oponía á la salida de dichas señoras. Esto era verdad; solo que, lo que también era verdad, es que, si no se tenía derecho para detener á pesar suyo á dos señoras que como dijo un diputado «preferían oír la misa en Roma mejor que en París,» no se estaba por esto menos obligado á pagarles el millón que Francia les daba en París.

»Marat, furioso por el acuerdo, provocó un tumulto en los jardines de las Tullerías, y Lafayette se vió obligado á tener que enseñar los cañones. Por fortuna, bastó el alarde; pero el movimiento continuó bajo otra forma, y de todas partes llovieron reclamaciones pidiendo una ley en contra de la emigración. En efecto, el día 28 de Febrero de 1791 se presentó dicho proyecto de ley.

»Si es legítimo tomar medidas de precaución contra las gentes que abandonan á su patria para ir á conspirar al extranjero contra ella, no lo es el prohibir en general el traspasar las fronteras. La patria no ha de ser una cárcel. Una parte de los revolucionarios más adelantados lo sintieron. Si los Lameth y sus amigos por cálculo de popularidad, y Camilo Desmoulins y Marat, por pasión, estaban por el proyecto de ley. Robespierre dijo que no gustaba de ley alguna contra la emigración, y Brissot la combatió enérgicamente en su diario *El patriota francés*. Mirabeau resolvió la cuestión hablando como él solo sabía hacerlo. El proyecto fué rechazado.

»Durante la sesión de este día pasaron en París cosas muy graves. Se había difundido entre el pueblo el rumor de que se harían en el castillo de Vincennes trabajos de fortificación amenazadores para París, pues se le quería convertir en una nueva Bastilla. El barrio de San Antonio marchó sobre Vincennes con intento de demolerlo. Lafayette corrió allí con la guardia nacional y contuvo el tumulto. Pero mientras él estaba en Vincennes, algunos centenares de nobles, llevando armas ocultas, pistolas y puñales, se introdujeron en las Tullerías, para defender, según decían, al rey, cuya vida estaba amenazada. Su verdadero plan era el de hacerle salir de París por la noche y ponerlo en camino de Metz, para que se juntase con Bouillé.

»Lafayette regresó de Versalles más pronto de lo que se creía. Advertido de lo que pasaba en las Tullerías, acudió, se puso al frente de los guardias nacionales de servicio y entró en las cámaras. Los guardias nacionales desarmaron y maltrataron á los gentil-hombres. Entre estos había acudido á palacio el joven Beauharnais que un día se llamara el

príncipe Eugenio, que declaró á los guardias nacionales, que primero se dejaría matar que dejarse registrar por ellos, al objeto de ver si llevaba más armas que las que se vió obligado á depositar en una mesa como los demás conjurados... «El rey rogó á Lafayette que les dejase marchar á todos sin daño, y así sucedió, aunque no pudo obtenerlo Lafayette al primer momento del encono de la guardia nacional.

»Todo esto fué muy comentado en París, y se calificó á los nobles realistas de *Caballeros del puñal*.

»Una sesión tempestuosa tuvo lugar aquella noche misma en los Jacobinos. Mirabeau pensaba bien cuando creía que sus rivales iban á excitar á los Jacobinos en su contra á propósito del asunto de la emigración, así se presentó resueltamente en el club. Acogido en el primer momento con murmullos, habló con tanta elocuencia y habilidad que, á pesar de las acusaciones apasionadas de Duport y de Alejandro Lameth, cuando dijo á los Jacobinos: «¡Yo permaneceré entre vos hasta que me echéis!» el club entero prorumpió en entusiastas aplausos.

»Salió vencedor de la lucha, pero acabado. Debía este ser su último triunfo. Este hombre tan fuerte y de constitución tan robusta, estaba profundamente enfermo lo mismo de cuerpo que de alma. Sentía que su sueño de una monarquía democrática le escapaba. Sufrió por el equívoco papel que desempeñaba, y se atropellaba y destruía él mismo por el doble exceso del trabajo y del placer. Enfermo, anhelante, no modificó en lo más mínimo sus costumbres. Durante todo el mes de Marzo, á medida que sus fuerzas disminuían aumentaba su actividad devoradora. El 27 de Marzo, tomó hasta cinco veces la palabra en la Asamblea en una cuestión de la que dependía la fortuna de uno de sus amigos. A salir le dijo: «vuestra causa es ganada, pero yo estoy muerto.»

»Al otro día, se arrojó á su lecho para no levantarse más. La congoja fué extrema, universal. Todo París afluyó á la casa del gran enfermo. El amor del pueblo había despertado de nuevo. Mirabeau oía, desde su lecho, el movimiento de la multitud de bajo de sus ventanas. Entonces pronunció estas tiernas palabras: «¡Es un buen pueblo, y siento que es dulce morir en medio de él!» Ya no hablaba más que de amistad y de patria. Sus miserias morales se borraban al acercarse á la tumba, sólo subsistía en él lo que había de grande. Preocupábanle los peligros que amenazaban á Francia y á la libertad. Inquietábase la actitud de Inglaterra, y

creía sentir el ruido de las futuras coaliciones. «A ese Pitt, si yo hubiese vivido, le hubiese dado cuidado.»

»No es que fuera hostil á Inglaterra. Por lo contrario, deseaba una alianza fraternal entre ella y el pueblo francés.

»Otra vez dijo «me llevo conmigo el duelo de la monarquía; los facciosos van á disputarse los restos.»

»El 2 de Abril por la mañana, dijo con firme voz á su médico el filósofo Cabanis: «Amigo mío, hoy moriré.» Pronunció todavía algunas palabras, que parecían, unas de un incrédulo, otras de un espíritu que se eleva á Dios. Luchaba respecto de las cosas del mundo superior como otros tantos de sus contemporáneos. A las ocho y media expiró.

»Dejaba, como testamento, dos grandes discursos escritos y no pronunciados; uno sobre el derecho de progenitura y las instituciones, el otro sobre el matrimonio de los curas.

»Al saberse su fallecimiento, París y la Asamblea cayeron en el estupor. En la Asamblea, todos miraban vacío su puesto en medio del mayor silencio, diciéndose que ya no reaparecía el hombre que había reservado en Francia la gran elocuencia política de griegos y romanos.

»Hablóse de veneno. El público no quería creer que este hombre tan fuerte y cuando no tenía más que cuarenta y dos años, hubiese sucumbido tan pronto á su enfermedad. Su médico, Cabanis, no creyó nunca en el veneno, y sin duda, no hubo otra causa para su muerte más que la inflamación causada por el exceso de las fatigas y de las ansias.

»El Directorio del departamento y la municipalidad tomaron el luto. Las 48 secciones parisienses pidieron un luto público. La Asamblea nacional, resolvió á petición de la autoridad departamental, que la nueva iglesia de Santa Genoveva se consagrara á sepultura de los grandes hombres, y que en su frontón se grabaría la inscripción: *A los grandes hombres, la patria reconocida*, y que Mirabeau sería el primero que recibiera allí su sepultura. El voto fué unánime, sólo tres diputados de la derecha votaron en contra.

»Por la misma tarde, 4 de Abril, una inmensa comitiva condujo los restos del inmortal orador á Santa Genoveva convertida en *Pantheon*, en templo de todos los grandes muertos. Lafayette abrió la marcha con las diputaciones de la guardia nacional. La Asamblea entera seguía detrás del cuerpo, luégo venía la *Sociedad de los Amigos de la Constitución*, es decir, los Jacobinos en número de mil ochocien-

tos miembros, tomando puesto delante de los ministros, de los miembros del departamento y de la municipalidad y de todo el resto del cortejo.

»La temible sociedad se daba ya el puesto que sólo podía corresponder al segundo poder del Estado.

»Un gentío inmenso seguía detrás y á los lados de la comitiva, y el desfile duró hasta media noche, entre los cantos fúnebres compuestos por el músico Gossec, y al són de instrumentos extraños y terribles que Francia oía por primera vez, el trompón y el tam tam. En la historia moderna no se recordaban funerales más solemnes.

»Marat prorumpió en gritos furiosos contra los honores que se hicieron á Mirabeau, protestando de la afrenta que se le hacía, si un día se quisieran llevar sus restos á Santa Genoveva en tal compañía.

»Dos años y medio más tarde, otra Asamblea nacional, la Convención, descubiertas que fueron las memorias secretas que Mirabeau enviaba á la corte, hizo retirar su cuerpo del panteón y le sustituyó el de Marat. Los restos de Mirabeau descansan sepultados oscuramente en el antiguo cementerio de Santa Catalina, cerca del cementerio de Clamart, en el barrio de San Marcelo.

»La posteridad haría acto de piedad patriótica dando al gran orador más honrosa sepultura. Francia debe amnistiar su memoria. Sus servicios son superiores á sus faltas, y, en sus días más malos lo mismo que cuando sus mayores desfallecimientos, nunca quiso en realidad hacer traición ni á la libertad ni á la patria.»

Sólo un hombre se negó á formar parte del cortejo. Este hombre fué el honrado é íntegro Petión, que aseguraba haber leído un plan de conspiración de Mirabeau, y Petión no se equivocaba. Si los servicios que Mirabeau prestó á su patria sobrepujan sus faltas, esto no se debe agradecer más que á la corte que no tomó en cuenta sus planes. Si se hubieran aceptado y hubieran triunfado, ¿se diría que los males que causó á la libertad fueron menores que sus servicios? ¿Mirabeau dueño de la fuerza pública, Mirabeau pudiendo disponer de Bouillé hubiera dejado de ensangrentar la Francia entera en aras de su ideal, de un rey fuerte, de una monarquía hereditaria?

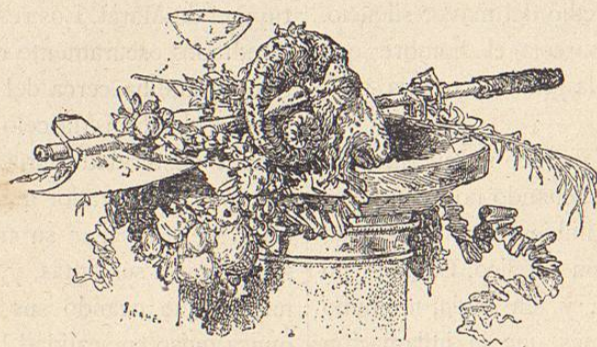
Lamartine ha dicho, que Mirabeau, de vivir, hubiera podido ser un Catalina, jamás un Graco, yo no creo que nadie puede ambicionar el renombre del patricio romano, á quien Ciceron ha cubierto de inmortal infamia, inmortalidad justa y debida á su

gran culpa. Mirabeau triunfante hubiese cerrado tal vez el paso á un Robespierre, pero Bonaparte hubiese venido á su hora, la revolución hubiera siempre triunfado de la contrarrevolución, y en vez de la guillotina hubiéramos tenido que deplorar los pelotones de ejecución.

Puede la posteridad absolver á Mirabeau, ya que la muerte fué tan benévola con él que se lo llevó á tiempo de no perderse irremisiblemente, pero no abrirle de nuevo las puertas del panteón. Quédese en Clamart; Mirabeau tiene necesidad de ser olvidado, para que pueda entusiasmar la sombra del diputado de la Asamblea nacional. Es necesario olvidar

que sus grandes discursos, que todos lo fueron, no son la obra de un patriota, sino de un cómico, es necesario olvidar que deben leerse viendo lo que hay escrito entre líneas.

El editor que los publique, poniendo al pié de ellos los comentarios que él mismo escribió, y que La Mark tuvo la crueldad de conservar, y que Luís XVI encerró en armario de hierro y en el seno de un muro para que no se perdieran para la posteridad, este levantará sobre la losa que cubre sus restos, el monumento único que merece, quien teniendo alientos de gigante se arrastró como una culebra.



CAPITULO XI

FUGA DEL REY

Consecuencias de la intervención del Papa.—Breve pontificio de 10 de Marzo de 1791.—El clero juramentado: Lomenie de Brienne y Tayllerand.—El clero papista: el cardenal de Rohan.—Resuelve el rey escapar de París.—Su carta á Bouillé.—Opónese éste á los proyectos del rey.—Tenacidad de éste.—Montmorin y Barnave.—El gobierno se asocia con Lameth y Dupont.—Cómo debe juzgarse de la actitud de los jefes del club de los Jacobinos.—La corte rechaza su protección.—La Cuaresma de 1791.—Actitud provocativa del rey.—Los Cordeliers pregonan «La gran traición del rey de los franceses.»—Proyecta el rey salir de París.—18 de Abril de 1791.—Opónese el pueblo parisién á su salida.—Lafayette y Danton.—Satisfacción dada por Montmorin.—Cómo le engañaba la corte.—Enérgica actitud de la Asamblea.—Bouillé escribe al rey diciéndole que no puede contar más que con él.—Réplica del rey.—Robespierre en la Asamblea.—Resiste solo á la reacción.—Sus derrotas y triunfos.—Robespierre anula á Lameth y Barnave.—El 15 de Mayo de 1791.—Robespierre pide la abolición de la pena de muerte: es derrotado.—Vuelve la corte á la política de dejar hacer para preparar su huida.—Trabajos de María Antonieta.—Apoya sus planes con repugnancia su hermano el emperador Leopoldo.—Acúdense al rey de Prusia.—Planes del emperador.—Impaciencia de la reina.—Nuevas amonestaciones del emperador.—Llegan tarde á París.—Cómo se juzgaba la escapada del rey por la nación.—El 20 de Junio de 1791.—Si se tuvo noticias de los planes del rey para salir de París.—Medidas tomadas para impedirlo.—Casualidades.—El conde de Fersen.—La salida de París.—El coche.—Es descubierto el rey: Drouet.—Divúlgase la noticia de la escapatoria en París.—Las víctimas de la escapatoria.—Serena y firme actitud de la Asamblea y del pueblo parisién.—Son detenidos los reyes en Varennes.—Regresan á París el 25.—Actitud de París.—Situación del rey.—Se le suspende en el ejercicio de la potestad real.—Enérgica actitud de Malouet.—Armamentos nacionales.—Intentan los constitucionales salvar al rey.—Doble de éste.—Intransigencias de los ultras.—Cazales y el abate Maury.—Protesta y retirada de la Asamblea de los 290 diputados de la derecha.—Carta amenazadora de Bouillé.—Cómo se iba preparando el camino á la república.—Tomas Paine, Petion, Brissot y la señora de Roland y la de Condorcet.—El 13 de Julio: suspensión de derecho del rey.—Errados juicios de Sybel.—Declara la Asamblea inocente al rey: enérgica actitud de Robespierre y de Petión.—Los Jacobinos.—Propóneles Robespierre que se consulte á la nación si quiere ó no conservar el rey.—Danton, Legendre y otros le apoyan.—Triunfa el acuerdo de la Asamblea.—Actitud del pueblo parisién.—Cierre de los teatros.—Aprueba el dictamen la Asamblea el 15.—Laclos en los Jacobinos: pide que se firme en el campo de Marte una protesta dirigida á la Asamblea.—Robespierre y Brissot le apoyan.—Carácter de la proposición Laclos: maneja orleanistas.—Decreto de la Asamblea del 16.—Los Cordeliers revelan la trama de los orleanistas.—Retírase la petición del altar de la federación.—Retíranse los republicanos.—Brissot declara sostenerla enmendada por su cuenta.—El 17 de Junio de 1791.—Asesinatos.—La Asamblea ordena despejar el campo de Marte.—Descargas.—Actitud heroica de Lafayette y de la guardia nacional.—Imprudente y fatal conducta de Bailly.



La intervención del Papa iba á dar á la revolución francesa un carácter más franco. Hemos dicho que había sido una insigne tontería el someter al clero á la formalidad del juramento cívico, y ahora hemos de decir que el Breve

del Papa de 10 de Marzo de 1791 suspendiendo de sus funciones á todo eclesiástico que no retractara su juramento dentro de ocho días, era una grande imprudencia.

Verdad es que de uno y otro lado se tiraba á